DOMINGO XIX DURANTE EL AÑO-B

Continuamos con el evangelio según San Juan donde Jesús se presenta como el Pan de vida. Jesús habla reiteradamente de sí mismo como el pan vivo y como pan de la vida. Él mismo es vida y Él mismo la da. Se presenta como pan que da vida eterna, no como el maná que el pueblo de Israel había comido en el desierto. El maná fue un alimento transitorio, para solucionar el hambre del momento. Pero Jesús se presenta como pan que alimenta para siempre y que da la vida que no se acaba.

En su discurso, Jesús va diciendo algunos elementos importantes, por ejemplo, que nadie acude a Él si el Padre no lo atrae primero. O sea que nadie va a Jesús por su cuenta, sino porque Dios mismo, el Padre mismo lo conduce. Es el mismo Dios quien nos atrae hacia sí; no somos nosotros los que vamos hacia Él. Este elemento es importante porque Jesús está presentando a su Padre como el único que nos conduce hacia el pan de vida. A veces caemos en el error pensando que es una persona tal, un amigo, un maestro, un catequista, un cura, una monja, etc., que nos llevan hacia Jesús. Es el Padre quien nos aproxima a su Hijo. Claro que las personas son mediaciones para llegar a Jesús, pero no son ellas quienes nos ponen en el corazón ese deseo de acercarnos a la fe. Es verdad que el ejemplo de los demás tiene su atractivo, y a veces queremos copiar o ser lo que son los otros. Por ejemplo, la vida de los santos nos ayuda a ser más buenos y a seguir a Jesús, pero es Dios quien nos pone ese deseo de imitarlos. Lo que nosotros hacemos es decidir: si seguir ese deseo o abandonarlo.

Otro elemento es que “el que escucha lo que dice el Padre y aprende eso que le dice, va a Jesús”. Aquí nos está diciendo que el Padre nos habla y nos enseña, y que nosotros podemos escucharlo y aprender lo que nos dice. Escuchar, aprender y practicar eso que se escuchó y aprendió. Dios nos habla por medio de su Palabra: nosotros la escuchamos, aprendemos de esa Palabra que leemos o escuchamos y la ponemos en práctica en la vida cotidiana. Puede ocurrir que no escuchemos y por lo tanto no aprendemos y menos ponemos en práctica. Jesús está marcando un proceso, un camino, un modo de vida que tiene su origen en Dios. Escuchar la Palabra es también comer el pan de vida, porque la Palabra también es el pan cotidiano que Dios nos pone al alcance de la mano para alimentarnos y sostenernos en medio de tantas situaciones que nos tocan vivir.

“Aquel que coma este pan no muere”. Jesús se presenta como alimento, por lo tanto nos invita a comer el pan que repara nuestras fuerzas en los momentos de dificultad. Es el pan que reconstituye los ánimos cuando estamos afectados por tristezas, angustias, soledades, oscuridades. Es el pan que equilibra los sentimientos y acomoda los pensamientos. Es el pan que presenta nuevas perspectivas cuando el mundo quiebra nuestros deseos de superación. Es el pan de los pobres, de los afligidos, de los frágiles. Quien está lleno de otros alimentos, difícilmente quiera comer este pan, pero no se da cuenta que aquellos alimentos, tarde o tempranos se desvanecen y lo único que queda es Dios.

La Eucaristía es ese pan, la Palabra es ese pan, la Iglesia Cuerpo mística de Cristo es ese pan. El amor, la paz, la alegría, la esperanza, la fe, están dentro de ese pan. Cuando comemos de este pan, comemos todo esto. Pero no es sólo comer, sino estar dispuestos a ser atraídos por Dios, a ser transformados por Él. Puedo estar en misa y comulgar pero después mi vida no cambia en nada. Entonces ¿qué pasó? No me dejo alimentar por Dios, sino que yo me alimento a mí mismo. El corazón está cerrado y no se dispone a que Dios haga de él una morada de amor. Es muy importante esta disposición, esta apertura, porque quien se abre a Dios, es atraído por Él que es Amor. Y es ahí, cuando la conciencia de la propia fragilidad y de la pobreza interior se transforman en vida para siempre.

Hay muchos panes y muy ricos que nos atraen también: o sea en forma metafórica, hay cosas o actividades que nos gustan mucho y son nuestro pan de cada día. Pero hay un pan que los supera, que ha marcado todos los records y que hasta ahora no fue igualado por ninguno: Cristo. Es el único pan con un sabor inigualable porque es medicina para el enfermo, compañía para el que está solo, serenidad para quien ha perdido la paz, alegría para quien la tristeza se ha instalado en su alma. Es el único pan que llena los vacíos del alma, que permanece con el correr el tiempo, que rejuvenece, que ilumina nuestra mente.

Claro que están los que murmuran y no creen en este pan, y colocan dudas en el alma, la angustian, la oscurecen. “No murmuren entre ustedes”, dice Jesús. La murmuración hace daño y mucho. Así Jesús, para hablar de la vida coloca como en la vereda del frente a la murmuración; como lo opuesto a la vida; como lo contrario a la escucha. El que murmura no escucha, porque sus oídos están tapados de habladurías y críticas. El que murmura no puede hacer un camino de fe; no puede dejarse atraer por Dios porque se deja atraer por los chismes y los mensajes que ocasionan conflictos y engaños.

Entonces, en síntesis, para hacer un camino de fe, es necesario dejar la murmuración que viene de afuera y la que habita dentro de cada uno. Una vez que se deja la murmuración, podemos hacer la experiencia de dejarse atraer por Dios para comer el Pan de la Vida.